

Tiempo de creatividad

La vida no siempre transcurre rectilínea.

Lo cual vale para personas como para instituciones. Períodos de renovación, creatividad y efervescencia se alternan con otros de rutina tranquila. A veces aparecen también tiempos de crisis o desconcierto, cuando no de decadencia.

Nuestra congregación salesiana está viviendo en los últimos meses un período de alta creatividad. Acaba de terminar en Roma el 25 capítulo general, con 230 delegados de todo el mundo empeñados en tomar el pulso a la congregación y diseñar pautas innovadoras para dar calidad a la presencia salesiana. Cada seis años la congregación salesiana hace este ejercicio saludable, que la ayuda a sintonizar con el mundo cambiante y afinar su misión educativa pastoral y su vivencia espiritual.

Con el capítulo general concluido, estrenamos Rector Mayor y su Consejo asesor. Todavía guardamos viva la memoria de la figura imponente de Don Juan Vecchi, quien en un período relativamente corto de gobierno, supo dar a la congregación un impulso profundo en vida y acción. El nuevo Rector Mayor hereda este rico capital espiritual y goza de la confianza que el Capítulo General ha depositado en él y en sus inmediatos colaboradores. Nos aprestamos a [remar adentro hacia aguas profundas](#).



Coincidencia providencial: dos salesianos y una salesiana son beatificados. Lo que viene a ser como una ratificación de la validez de [nuestro carisma salesiano, capaz de producir frutos de santidad](#). Y siguen las coincidencias: los tres tienen raigambre latinoamericana. Más aún, la beata salesiana es nuestra, de nuestro pequeño istmo, hija de nuestro pueblo, hermana nuestra.

El otro es salesiano coadjutor. Su beatificación pone de repente en primer plano esa original modalidad de ser salesiano. Los salesianos coadjutores no han gozado hasta ahora de especial relieve dentro y fuera de la congregación. Y eso por culpa de un larvado o manifiesto clericalismo todavía domi-

nante. El gran público tiende a identificar a los salesianos como sacerdotes. Es de esperar que Artémides Zatti nos conceda la gracia saludable de descubrirnos hermanos antes que ministros, herederos en corresponsabilidad del carisma educativo de Don Bosco.

Tanto motivo de esperanza y vitalidad asombra y entusiasma. Nos esperan nuevos caminos por recorrer. No hay tiempo para nostalgias ni pesimismo. Los retos de los tiempos nuevos ayudan a descubrir filones inexplorados de espiritualidad salesiana, como por ejemplo la riqueza del Sistema Preventivo, cuya aplicación se ha de extender a un ámbito mucho mayor que el simplemente escolar.

Heriberto Herrera

Religiosos nuevos para el mundo del trabajo

Sergio Checchi

Así se titula un libro escrito en Roma en 1961 por un gran conocedor de Don Bosco, Pietro Braido. Ese libro habla de los “salesianos coadjutores”. Antes y después de esa fecha se escribieron otros muchos sobre el mismo tema. Pero, ¿quiénes son los “salesianos coadjutores” para merecer tal atención?

Hoy, después de mucho tiempo, los cristianos estamos comprendiendo que, cuando se habla de “Iglesia”, no se habla sólo de los obispos y sacerdotes, sino también de los laicos. Porque la gran comunidad cristiana, tal como la pensó y la quiso Jesús, está compuesta de laicos y sacerdotes, con igual dignidad (la de ser bautizados) e igual responsabilidad (la de evangelizar el mundo).

De igual manera, cuando Don Bosco pensó y quiso su Congregación, la Sociedad Salesiana, dedicada toda ella a la educación y evangelización de los muchachos pobres, la pensó y la organizó compuesta de sacerdotes y de laicos. Así lo dejó escrito él mismo en los primeros Estatutos de los salesianos: “En esta Sociedad, que se compone de clérigos y laicos, todos los miembros viven en comunidad fraterna, unidos por el lazo de la caridad y de los votos religiosos, que de tal manera los junta, que forman un solo corazón y una sola alma”

De modo que, al acercarse a una Obra Salesiana, no es correcto decir: “Aquí viven los padres salesianos”, o decir: “Mi hijo estudia en un colegio de los padres salesianos”. Los salesianos no son sólo “padres”; los hay también “laicos”. Es más correcto decir simplemente “los salesianos”, porque entre ellos hay laicos y sacerdotes. Unos y otros son igualmente salesianos. Cuando jóvenes, unos y otros conocieron a Don Bosco; les fascinó la vida del santo, su misión y su estilo; y decidieron seguirlo e imitarlo. Entraron al Noviciado; se ataron a Don Bosco con el voto de vivir obedientes, pobres y castos; y ahora trabajan codo a codo en la educación y evangelización de los muchachos. La diferencia es que unos tenían vocación sacerdotal, estudiaron para eso, y ahora son “padres”; otros, en cambio, tenían vocación laical, estudiaron otras carreras y ahora son “coadjutores”, es decir,



Don Bosco se preocupaba del alma y del cuerpo de sus muchachos.



Coadjutores: comprometidos con los jóvenes para una respuesta concreta, real y sostenible.

salesianos laicos (o “hermanos”, como a veces se les llama). Pero unos y otros son verdaderos “salesianos”.

El “salesiano coadjutor” no es un religioso de segunda clase, una especie de imitación de sacerdote, alguien que no logró terminar los estudios del seminario. No. Ellos simplemente no tenían vocación sacerdotal, pero sí tenían el deseo y la vocación de seguir e imitar a Don Bosco. Por eso, sin dejar de ser laicos, entraron en la Congregación Salesiana y se entregaron al bien de la juventud, con el estilo y las características propias de la “laicidad”.



Don Bosco quiso una congregación moderna, cercana al pueblo, solidaria con el progreso.

Para entender esto hay que remontarse al mismo Don Bosco. Cuando Don Bosco trabajaba por los muchachos, se preocupaba no sólo de su alma, sino también de su cuerpo; no sólo les predicaba y los confesaba, sino también les enseñaba artes y oficios para que pudieran ganarse el pan de cada día. Don Bosco quiso que sus salesianos fueran una Congregación moderna, cercana al pueblo, solidaria con el anhelo general de progreso, que junto con la doctrina cristiana enseñara también ciencias y técnicas a los hijos del pueblo. Por eso Don Bosco impulsó mucho la apertura de escuelas técnicas y profesionales. Y precisamente por eso, cuando pensó en reunir a muchos colaboradores y formar con ellos la Sociedad Salesiana, no pensó sólo en sacerdotes, sino también en laicos, que enseñaran artes y oficios a los muchachos, y que con su testimonio de laicos ejemplares fueran para ellos modelos de vida cristiana.

Y esto valía no sólo para los tiempos de Don Bosco. Aun hoy la compleja tarea de promoción humana y de evangelización de la juventud necesita la estrecha colaboración de sacerdotes y laicos, que unidos por la misma consagración


al Señor, con el mismo estilo de Don Bosco, y en forma complementaria, entreguen su vida al bien de los jóvenes.

Si los salesianos pudieron entrar a los países latinoamericanos en aquellos años difíciles en que los gobiernos liberales expulsaban a frailes y monjas, fue porque, junto con los sacerdotes, iban los “salesianos laicos”, con bigotes, chaleco y corbata. Los gobiernos les abrían las puertas porque los hijos de Don Bosco se presentaban como civilizadores, para enseñar artes y oficios a los muchachos de las clases populares.

Desde niño tuve la suerte de conocer a maravillosos salesianos coadjutores. Uno, en concreto, fue para mí como padre y madre. Se llamaba Alfonso Merlino. Había sido misionero en Japón durante diez años, luego secretario de Mons. Rótoló, finalmente excelente organista de la parroquia, poeta y experto cocinero. Cuando luego fui aspirante y novicio, conocí a centenares de jóvenes Coadjutores. Vivían a la sombra de la Casita de Don Bosco en I Becchi, estudiaban artes gráficas, mecánica, carpintería y agricultura; nos deleitaban con sus frecuentes obras tea-

trales y con su banda musical. Viendo algunos meses en la Casa Generalicia, pude también apreciar a inolvidables figuras de salesianos laicos, trabajando en los más diversos menesteres: la oficina del correo, el estudio de arquitectura, el archivo fotográfico, el dicasterio de formación....

Hoy mismo, en Centroamérica, los encontramos al frente de muy diversas actividades: jefes de taller, profesores universitarios, animadores de Oratorios, administradores de nuestras obras. Pero siempre, religiosos y educadores. El único defecto es que son pocos. Es una hermosa vocación, lastimosamente poco conocida, toda por descubrir.

Creo que sería muy aburrida e incompleta una comunidad salesiana si al lado de los sacerdotes faltaran los salesianos laicos. Juntos, ofrecemos al mundo una más genuina imagen de la Congregación Salesiana tal como la ideó Don Bosco: juntamente pastoral y laical. 

Salesianos Coadjutores en Centro América

País de origen:

Costa Rica	10
El Salvador	7
Guatemala	5
Nicaragua	4
Panamá	3
Australia	1
España	1
Estados Unidos	1
Holanda	1

Rangos de edad:

20 a 30 años	6
31 a 40 años	9
41 a 50 años	0
51 a 60 años	2
61 a 70 años	7
71 a 80 años	6
más de 80	3

...y entonces, ¿qué es un coadjutor? UNA VIVENCIA PARA SEGUIR DESCUBRIENDO

Alfonso Víquez

Infinidad de veces los coadjutores nos vemos en apuros cuando surge la “dichosa pregunta” en medio de cualquier conversación:

-¿Qué es eso de coadjutor salesiano?

Entonces respiramos, tomamos impulso y “soltamos un buen rollo”, explicándolo. Y siempre el “escozor estomacal” nos llega cuando, después de cinco o diez minutos de estar hablando, la misma persona te devuelve la pregunta:

-¡Creo que ya entendí! ; pero, entonces, ¿se pueden casar?

O lo otro: -¿Entonces qué hacen? ¿Son “medio curas”?

También esto: -¿Entonces, cuánto te falta para ordenarte o graduarte?

Es entonces cuando nos preguntamos a nosotros mismos: ¿Vuelvo a empezar o me callo? Personalmente, muchas veces he optado por lo segundo con cierta cortesía. El coadjutor no se “explica”, se capta, se intuye con la cercanía, se descubre en la real incidencia, en el vivir salesiano.

En estos casos, yo soy de los que creen en aquella famosa frase: “El mundo depende del color de los lentes con que lo mires”. De hecho lamento recordar aquella experiencia de comunidad, en cierto lugar, cuando la mayoría de las reuniones se dedicaban por entero a arreglar los asuntos litúrgicos,

sacramentales y de construcción de edificios.

¡Cuánta razón tenía Don Bosco en “meternos” a los coadjutores dentro de la vida comunitaria de quienes quieren acompañar la vida de los jóvenes a su estilo! ¡Cuánta ver-



Descubrir las nuevas urgencias o pobrezas sociales.

dad descubrimos en la palabra encarnación como “hacerse hombre”, como el retomar los valores, realidades actuales, descubrir las nuevas urgencias o pobrezas sociales y humanas y redimir las desde la fe con espiritualidad (identidad) definida!

Si no se asume el mundo laico con sus propios valores, se sigue en la burbuja de cristal. Si no se identifican y retoman los nuevos retos de la época, se consigue poca respuesta a la real necesidad de los jóvenes. Si no entramos en diálogo con la cultura y la sociedad, ésta encuentra por sí misma sus res-

puestas sin nosotros, quizá por la vereda del individualismo, del consumismo y la injusticia. Porque dejamos de ser luz (cercanía, empatía auténtica) que ilumine la interrogante de quien tiene hambre no sólo de pan, sino de justicia estructural y de desarrollo como camino de personalización auténtica.

Y volvemos a lo mismo: ¿Queda claro qué es el coadjutor? La verdad es que no. No para quien no

sabe leer a Don Bosco; no para quien vive su mundo según el esquema de “altar vrs. mundo”; no para quien sigue pensando que “salvar almas” es separar y rechazar, sacrificar y mortificar (sólo de por sí) todo lo mundano; no para quien quiere mucho a los jóvenes (porque sólo le gusta sentirse querido por ellos) y no entiende ese querer como comprometerse con todo el joven y con su necesidad en busca de una respuesta concreta, real y sostenible; no para quien se mata en la administración de una obra pensando que eso es lo más concreto, y no parte de la persona humana y su situación real.

Recia vocación de laico consagrado

Valió la pena, vale la pena y seguirá valiendo la pena

Pedro Chico, 52 años

Jamás olvidaré, por la alegría que sentí, el día que un Salesiano, después de la entrevista y examen de rutina, me dijo: Prepárate para venir con los Salesianos. Con la salida del seno de mi familia empezaba a recorrer la gran aventura de mi vida: Astudillo, Cambados, Urnieta, Zaragoza. Período de formación en un ambiente exquisito: clima de familia, cercanía de los Salesianos con los alumnos, amistad con los Salesianos, participación, nos hacían sentirnos responsables de las pequeñas cosas.

Luego vino el segundo periodo de formación en el trabajo: León, Bolivia, Nicaragua, San Salvador, Honduras. Fue otro gran paso en el que experimenté la vida comunitaria en la vida activa, conjugando espíritu de entrega y disponibilidad, atención a los muchachos aprendices, grupos juveniles con variedad de personas, culturas, ambientes, edades, con su riqueza que fue llenando mi madurez y poder así sentir cada día más fuerte mi pertenencia a la comunidad salesiana y dar sentido a mi consagración.

Lo de ser Salesiano lo he tenido claro desde que conocí al primer Salesiano que me cautivó por su alegría, entusiasmo, dinamismo y gran humildad.

¿Religioso Laico? Esto me tocó pensar con más calma. Hice el bachillerato en el aspirantado para Sacerdotes. Allí conocí santos sacerdotes y religiosos laicos. No



simpatizaba con la vocación sacerdotal por el horario rígido, la absorción por los sacramentos, la vestimenta... El testimonio de salesianos religiosos laicos y María Auxiliadora fueron determinantes para mi orientación por la recia vocación de laico consagrado, de la que nunca he dudado y que me ha hecho feliz.

Los salesianos llegados de América narraban con entusiasmo sus vivencias, retos y aventuras misioneras. Eso prendió mi corazón de 15 años. A los 25 partí para Bolivia y luego para Centro América.

Hace 38 años salí de mi pueblo. Tengo 32 años de ser Salesiano Religioso Laico y 26 de vivir en América. Puedo decir que valió la pena, vale la pena y seguirá valiendo la pena, porque soy muy feliz. Y si volviera a empezar, volvería a escoger ser Salesiano Religioso Laico. Esta vocación, creación genial de Don Bosco, la siento correc-

ta, completa, original y significativa con mi identidad. Me permite vivir mi consagración en el mundo del trabajo, en medio de 300 jóvenes obreros en el Centro de Capacitación San Juan Bosco en Tegucigalpa, Honduras. Trato de ayudarlos a ser buenos cristianos y honrados ciudadanos, a lo Don Bosco.

He tomado en serio la vida, lo cual me ha llevado hasta aquí. Me he empeñado en ser libre, auténtico, servir, amar, ser feliz. La felicidad no es la búsqueda egoísta de sí mismo, sino la realización de una constante entrega a los demás, sobre todo a los jóvenes más pobres. Hace años quise tomar la vida en serio, y esa actitud me ha llevado hasta aquí. Ha significado mucho: ser libre, auténtico, servir, amar; en definitiva, ser feliz. Pero una felicidad que no es búsqueda egoísta de sí mismo, sino realización en la constante entrega a los demás, sobre todo a los jóvenes más pobres.



Descubriendo, caminando

He descubierto la profundidad de una mirada

Alfonso Viquez, 33 años

Yo soy de esas “historias” donde el camino no está hecho, “se hace al andar”. Incluso más allá: con Don Bosco creo que siempre hay algo nuevo por descubrir. De hecho ha sido toda una gran aventura.

Cuando era estudiante de derecho en la Universidad de Costa Rica, con buena “novia” y buen futuro, descubrí que la plenitud de servicio al joven pobre se podía cumplir siendo salesiano.

Al caminar entre las polvaredas, la desesperanza y la agonía del “basurero” de la zona 3 de la ciudad de Guatemala, descubrí que no bastaba el sentimiento, se necesitaba el compromiso.

Durante mis años de formación salesiana, descubrí, mirando a lo profundo, que “lo mío” no era “el altar” sino la vida y su transformación cristiana desde dentro. Era casi una inclinación natural, un “gusto” y un llamado a la vez. Decidí entonces ser coadjutor.

Cuando estuve “recién salido del horno” al iniciar la obra en San Isidro de El General (Costa Rica), los jóvenes campesinos me enseñaron que necesitaban muchas oportunidades de transformación, vividas como procesos. Y descubrí el arte de educar desde la realidad y el grupo. Fue desde entonces “mi


salsa” como salesiano laico; la educación es mi “especialización”, el pequeño-gran-arte por desentrañar, dominar, construir, crear y profundizar.

En CRESCO me identifiqué y crecí en mi identidad laical. Me acogí con los retos de la misma, e hice mi Profesión Perpetua en el contexto del mundo campesino de mi país, como quien “se deja” en las manos de un Padre amoroso, a sabiendas de sus muchas debilidades.

Desde los últimos siete años de acción salesiana directa, en la Párrroquia María Auxiliadora (San Salvador), en el Colegio Don Bosco (Guatemala) y en el Polígono Industrial Don Bosco (San Salvador), he descubierto la profundidad de una mirada y el significado retador de un grito.

La mirada penetrante del joven dispuesto a matar por defender a un “cuate” de su pandilla; la mirada ansiosa del cocainómano o la mirada perdida del pegamentero, sin lugar fijo, sin rumbo, sin sentido; la mirada confiada y transparente del

joven pobre y sencillo que se entrega en tus manos para que aligere sus desgracias; la mirada agresiva del rebelde y violento en cuya repelencia existe la más clara petición que te intereses por él, pues nadie antes lo ha hecho. La mirada de cristal de la joven violada en su intimidad física, en su dignidad, que parece buscar desesperada lo que le han robado.

El grito de su realidad, de su falta de oportunidades, de su analfabetismo y su subestima, de la necesidad de un esquema que cure no sólo su soledad o tristeza, sino que crea en él, que le rescate su dignidad desarrollando todas sus potencialidades de persona en un futuro real y distinto. Que pueda romperse el círculo maldito de la pobreza y le lleve a comprometerse en su transformación y en la de su entorno, de su barrio, de su gente. El grito de alternativas reales de producción, empresa, trabajo dignificante, acceso a tecnología, educación, cultura, arte. El grito que nace de su propia dignidad humana; la misma dignidad de todos los que habitamos el mismo barrio del orbe humano. 



Nuevos e inimaginables retos

Tratándose de Don Bosco, la cosa era distinta

Mario Olmos, 37 años

Siempre admiré el trabajo incansable de muchos salesianos que conocí durante mis años de colegio. Pero nunca me imaginé a mí mismo tomando la decisión de ser religioso. Si me hubieran hecho la propuesta para ingresar en el clero diocesano o en otra congregación, difícilmente habrían logrado convencerme. Tratándose de Don Bosco, la cosa era distinta.

Había acabado los cursos del bachillerato y sólo esperaba la graduación. Fue cuando a algún salesiano se le ocurrió preguntarme: ¿No te gustaría ser salesiano? Y ahí comenzó la historia.

Inicié mi formación salesiana en Guatemala sin conocer toda la riqueza de la vocación salesiana. De hecho, recuerdo que ni siquiera me cuestioné el hecho de ser sacerdote. Simplemente lo acepté como la única vía para ser salesiano. Los primeros años de formación me pusieron en contacto con la figura poco conocida del salesiano coadjutor o salesiano laico. No sólo su



número era pequeño en la inspección de Centro América. Su misma figura permanecía muchas veces escondida en los talleres y en la propuesta vocacional de los salesianos de la época.

Leí cuanto se había escrito sobre esta figura de Salesiano. Así llegué a descubrir el enorme potencial pastoral y evangélico de una vocación que me parecía hecha a la medida de los tiempos actuales. Vivir la fe y la entrega al Señor a partir de las cosas cotidianas, del trabajo y del empeño diario de educación y promoción de los jóvenes me parecía que rompía todos los moldes en los que yo había pensado la vida religiosa.

Sabía que una decisión de este tipo podía suscitar poca comprensión. Pero el último año de los estudios de filosofía opté por continuar mi formación no ya como sacerdote sino como salesiano coadjutor. El apoyo y la confianza de muchos

salesianos fueron claves para abrir camino en lo que yo siempre consideré como una nueva experiencia vocacional. Implicaba romper los esquemas que todavía prevalecían en la manera de concebir la identidad y el campo de trabajo educativo pastoral de esta figura vocacional.

Las opciones que vinieron después, como la formación política y social, la profundización en el campo de la Doctrina Social de la Iglesia, el trabajo en la formación salesiana, la inserción en el campo de la labor universitaria, sólo han sido la consecuencia de un modo de entender mi vocación y de no poner obstáculos a lo que Dios me ha ido pidiendo a través del tiempo.

Hoy, desde los diversos servicios que presto a la Inspectoría y desde mi trabajo en el campo universitario, descubro todavía nuevos e inimaginables retos para mi vocación.



Sobre los Coadjutores

Nuestra Pía Sociedad se compone de sacerdotes, clérigos y coadjutores. Su función especial es la de ayudar a los sacerdotes en las obras de caridad cristiana propias de la Congregación. La historia eclesial nos presenta muchos ejemplos

de laicos que ayudaron poderosamente a los Apóstoles y a los demás ministros sagrados; y la Iglesia se ha servido en todo tiempo de buenos fieles para el bien del pueblo y la gloria de Dios.

Vivir mi vida cristiana con el estilo de Don Bosco

A mí me conquistó el espíritu salesiano

Alex Granados, 33 años

Le conté a un Hermano marista amigo mío del Liceo Salvadoreño que iría al prenoviciado en Guatemala para ser salesiano. Él me preguntó un poco sorprendido: ¿Y vas a ser sacerdote?. La pregunta me sorprendió también a mí. Después de seis meses de discernimiento con el P. José Corò, no me había planteado ese “problema”. Con ingenuidad y entusiasmo le contesté: Si hace falta, me hago “cura”.

A mí me conquistó el espíritu salesiano que percibía en la pequeña comunidad salesiana del Instituto Técnico Ricaldone en 1985: amabilidad, cercanía, espíritu de familia, alegría y todo el acompañamiento que recibíamos de los salesianos. Todo esto me cautivó para querer vivir mi vida cristiana con el estilo de Don Bosco. Mi satisfacción fue mayor cuando comprobé que podía vivir como salesiano siendo laico. En el prenoviciado encontré formadores y posnovicios que eran “salesianos laicos” y que llevaban una vida ejemplar al estilo de Don Bosco.

En nuestro tiempo, más que en otros, pueden las obras católicas, y entre éstas nuestra Congregación, tener una ayuda eficazísima de los seglares; ya que en ocasiones pueden ellos hacer más bien y mejor que los propios sacerdotes.




Después de mi experiencia en tirocinio y de mis dos años de formación específica en el Centro Regional del Salesiano Coadjutor, he descubierto con mayor fundamento la originalidad y actualidad de mi vocación. Ser salesiano coadjutor en estos tiempos significa para mí lanzarme a la aventura de iluminar con el evangelio las realidades sociales de nuestros pueblos desde los contextos secularizados que la cultura globalizada ofrece hoy.

Sorprende cómo Don Bosco logró compartir con los jóvenes la experiencia de Dios respetando su condición de jóvenes. El salesiano coadjutor comparte la fe con los mu-

chachos, partiendo de su estado de vida, viviendo las realidades terrenas. Su consagración religiosa es una herramienta consistente que siembra optimismo al ayudar a descubrir a Dios y llenar así de sentido la existencia.

Con los muchachos del Polígono Industrial Don Bosco comparto la riqueza de la espiritualidad salesiana. Los ayudo a encontrar a Jesús resucitado y así favorecer el desarrollo y la integración de sus personas. Don Bosco pensó al salesiano coadjutor como un modelo de unión entre la bondad de las cosas y el Creador.

Estoy tomando parte en el Capítulo General 25 de los Salesianos. Aquí estoy experimentando la riqueza de la vocación salesiana, que se expresa en dos dimensiones: coadjutores y sacerdotes. Una única vocación para educar a los jóvenes a ser “buenos cristianos y honrados ciudadanos”. 

Tienen en particular los Coadjutores un campo amplísimo abierto para ejercer su caridad con el prójimo y desplegar su celo por la gloria de Dios, dirigiendo y administrando

Tomo 18 600

Fraile o no fraile, pero sí salesiano

Expresar mi identidad religiosa y proponerla a los demás

Huberth Zúñiga, 33 años

Cuando era aspirante salesiano, conviví con dos Salesianos Coadjutores. Uno era administrador y el otro atendía diversas tareas. En ese entonces se hablaba poco de esa vocación. Durante mi formación inicial conocí también figuras de Salesiano Coadjutor con una presencia significativa. Era el tiempo en que la Congregación estaba rescatando la identidad vocacional del Salesiano Coadjutor. Eso influyó en mi futura opción. Por entonces, yo aspiraba al sacerdocio.

En el noviciado opté por ser Salesiano Coadjutor. Éramos muchos coadjutores de una misma genera-



ción. Eso, junto con el conocimiento de otros coadjutores, fortaleció mi opción vocacional. Percibía el apostolado de los coadjutores como concreto, diverso e incidente en los jóvenes.

He trabajado en la pastoral educativa. La relación con educadores, jóvenes y padres de familia me ha permitido anunciar mi vocación de Coadjutor como educador y evangelizador. Ahora trabajo como administrador, lo que me permite relacionarme con obreros, comerciantes y empresarios. Se me abre así la puerta para ofrecer una valoración diferente de la realidad del trabajo, la economía, el desarrollo social, el servicio a los hermanos.

Figura fascinante del Coadjutor

En la forma laical de vivir nuestro carisma he encontrado la realización de mi vocación

Raymond Martínez, 23 años



Personalmente puedo afirmar que he encontrado la realización de mi vocación en la laicidad de nuestro carisma. Al iniciar la formación inicial, no consideraba ser coadjutor, porque nunca se me presentó la figura del salesiano laico sino hasta el noviciado en que llegó a mis manos la biografía de Artemidés Zatti, la cual me fascinó y me hizo considerar mi opción vocacional.

Aunque mi primera profesión la realicé como aspirante al sacerdocio, la inquietud sobre la figura fascinante del coadjutor me acompañó al menos seis meses más, durante los cuales, luego de un serio discernimiento y guiado por mi director espiritual, pude esclarecer mi opción hacia la vida laical consagrada como salesiano. Desde ese día he ido afianzando mi opción, conociendo más la figura, ante la cual he encontrado y experimentado que actualmente resulta atractiva a los jóvenes.

Puedo afirmar que el elemento laical en cada comunidad enriquece grandemente la vida de las mismas, ya que ofrece a los hermanos

Estoy concluyendo mis estudios de música. Comparto experiencias con jóvenes, universitarios y personas no creyentes que se cuestionan por el tipo de vida que llevo. Espero que, a través de la música, pueda expresar mi identidad religiosa y proponerla a los demás.

Como religioso, vivo casto, obediente, pobre y en comunidad. Como salesiano, educo y evangelizo a los jóvenes. Como Coadjutor lo hago en medio del mundo del trabajo, de la educación y de la música. La gente percibe mi vida religiosa y mi valoración diferente del mundo; aprecian mi condición de salesiano coadjutor, porque perciben un tipo distinto de ser religioso. Esto me motiva a vivir con alegría mi vocación.

Ser Salesiano Coadjutor no es una vocación a medias (“ni laico ni sacerdote”). Vivo una vocación particular. Me esfuerzo por cultivar mi identidad más que preocuparme por el qué hacer. El coadjutor salesiano puede desempeñar mil tareas. Pero su identidad es única.

Con Don Bosco, “fraile o no fraile”, pero sí, Salesiano.

el contacto con el mundo del trabajo, la oportunidad de llegar a otros ambientes y, a nivel personal, evangelizar con la presencia educativa propia de nuestro carisma.

Comparto la idea de un autor que habla sobre la laicidad y el trabajo apostólico: “El religioso consagrado laico es un fermento dentro de su sociedad, un hombre de oración; tanto de relación íntima con el Señor como de una oración que brota en el corazón de los problemas del mundo. Es un hombre que evangeliza, no sólo por su presencia en los ambientes en que se desenvuelve, sino que con su mismo trabajo traduce para los que entran en contacto con él, el Evangelio del Señor.”



Los jóvenes lo perciben

Una decisión que me hizo romper esquemas

Leonel Castañeda, 39 años

La imagen de Don Bosco siempre me apasionó durante los seis años que estudié en el colegio Liceo Salesiano de Guatemala, pues la capacidad de integridad y amor que conocí en sus anécdotas fue realmente impresionante.

Luego profundicé sobre Dios, quien me causó temor por sentirlo como un imán que me atraía y que me pedía dejar todas las comodidades y bienes que trae una profesión como la arquitectura; profesión que estudié después de egre-



sar del Colegio Don Bosco de Guatemala. Sin embargo, pudo más el esplendor de la Verdad que la alucinación de los bienes suntuarios.

Fue hasta los 32 años que cambié el rumbo de mi vida. Fue una decisión que me hizo romper esquemas. Escogí el camino radical de seguir a Jesús, al igual que Don Bosco, al servicio a los demás. Estos “demás” para mí fueron los jóvenes, futuros constructores de la sociedad. Esa fue la motivación principal: seguir a Jesús al servicio de los jóvenes. Ingresé al Prenoviciado con la idea de ser sacerdote salesiano, guiado por mi muy querido Padre Settimo

Rossoni, quien con mucha sabiduría me presentó la imagen del coadjutor, la cual en un principio me causó poca inquietud.

El voluntariado de un año en el Instituto Ricaldone, el Noviciado, y la profundización en el conocimiento de la figura del coadjutor a través del estudio de la misma, y el testimonio de la consagración desde el trabajo laical que presentaron los formadores coadjutores en dicho período formativo fueron calando en mí hasta tomar la decisión definitiva.

Ahora estoy más convencido de la decisión tomada, pues me realizo plenamente desde esta vocación. Los jóvenes lo perciben, pues les causa inquietud y me preguntan cómo es la vida de un consagrado coadjutor. Yo les respondo: “Hazte Salesiano y lo verás”.

Vocación Oratoriana

Mi inspiración para decidirme por seguir a Don Bosco

Herubey Canjura, 32 años

Mi camino salesiano se inició en 1978, cuando ingresé al oratorio del Ricaldone. Mi equipo de fútbol en la categoría infantil se llamaba Astro Boy, nombre de una caricatura bastante simpática en ese tiempo. Me atrajo enormemente el ambiente oratoriano. Permanecí seis años en el oratorio. Luego ingresé al Ricaldone como alumno de séptimo grado.

Los salesianos de carne y hueso con quienes conviví como oratoriano y como alumno fueron mi inspiración para decidirme por seguir a Don Bosco.



Niños fue dura y una de las mejores que he vivido. En Costa hice muchos amigos y aprendí de ellos.

En 1996 viví en la casa de los salesianos coadjutores (CRESCO). El contacto con otras costumbres y culturas se enriqueció más, pues tuve compañeros de México, República Dominicana, Chile, Bolivia, Costa Rica y España. Fue un año de preparación para el sí definitivo.

Actualmente estudio ingeniería electrónica en la Universidad Don Bosco, de El Salvador. Tengo a mi cargo el oratorio de Ciudadela Don Bosco. Los estudios universitarios, el trabajo complementario con los SDB y el excelente aporte de los laicos en el oratorio me aseguran que es determinante la presencia de salesianos y laicos educadores entre los muchachos.



¿Por qué no?

Descubrir la otra parte de la congregación salesiana

Félix Antonio Vallejos Balmaceda, 30 años

Soy nicaragüense, por gracia de Dios. Tengo 30 años de edad, y nueve de ser Salesiano Coadjutor.

Cuando pequeño, creía que todos los salesianos eran sacerdotes. Fue hasta que ingresé al aspirantado que conocí al coadjutor Santiago Billekens, salesiano singular, quien sin decir una palabra me plantó la interrogante: Tú, ¿por qué no? El diálogo, la cercanía, su servicio administrativo fueron signos y estímulos para descubrir la otra parte de la congregación salesiana. Es un misterio... ¿Por qué tienen que ser

CRESCO: la casa de formación del salesiano coadju-

La casa está más bien escondida. Quien no esté familiarizado con su dirección, difícilmente dará con ella. A pesar de su escondite, es una casa amplia, acogedora, calurosa y llena de luz. Y con buena provisión de mangos. Dirección oficial: Soyapango, El Salvador.

En marzo han llegado a habitar en ella por nueve meses salesianos coadjutores jóvenes provenientes de México, Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina. Nueve en total. Llegan para un proceso intensivo de formación. Los asistirá un equipo compuesto por un sacerdote (director) costarricense y dos coadjutores experimentados, de Vene-

dos manos, dos pies, dos ojos y un solo corazón?

En el Noviciado tomé la decisión de ser Salesiano Coadjutor. Soy consciente de que Dios no llama a ser un Salesiano genérico.

Ahora me dedico al estudio y a la tarea de formar jóvenes salesianos. Mi vivencia generosa de la vocación laical salesiana enriquece a la comunidad en su fisonomía completa.

zuela y Perú respectivamente.

Durante su permanencia en El Salvador tendrán la oportunidad de convivir compartiendo su vocación común de salesianos laicos y de reflexionar sobre diversos temas de sociología, teología, moral, salesianidad, biblia, catequesis.

Expertos salesianos venidos de Centro América, Ecuador, México, España, Bolivia, y Venezuela desfilarán, uno por mes, para



Mi vocación salesiana laical es en muchos lugares y ocasiones un punto inicial de diálogo con todo tipo de personas: ¡Entonces se puede vivir el evangelio así! ¡Ah!

Todavía seguimos presentando una imagen clerical de la congregación salesiana. Si somos fieles a la misión eclesial y salesiana de promoción humana y evangelización integral, la imagen de nuestra congregación salesiana se enriquecerá, en beneficio de los jóvenes pobres.



Compartiendo la experiencia vocacional común.

orientarlos en esos temas específicos.

CRESCO es el signo palpable de la seriedad con que en América Latina, desde hace siete años, se está considerando al salesiano coadjutor.